

# Indagaciones sobre la libertad y la prosperidad

Carlos Alberto  
Montaner

*E*n medio de una de las regiones más conflictivas del planeta, Costa Rica proclama con justo orgullo su democracia desarmada. No obstante, con sus vecinos latinoamericanos comparte, en mayor o menor grado, el atraso, la pobreza y la desigualdad. En el presente análisis, el autor atribuye los aciertos políticos y los desajustes económicos a un conjunto de creencias firmemente arraigadas. Así como los costarricenses actúan como demócratas porque están convencidos de serlo, en el terreno económico —sostiene el ensayista— su sistema de valores se ha traducido en modos de comportamiento que no contribuyen a generar riqueza.

*Para aspirar a la prosperidad se requiere, primero que todo, comprender las causas de la pobreza y los componentes esenciales del desarrollo, desterrando de una vez por todas la coartada histórica según la cual las desdichas regionales se deben al expolio de los países ricos. Este cambio en las actitudes constituiría, a juicio de Montaner, la más profunda de las revoluciones en Latinoamérica, mucho más provechosa que la violencia propugnada por los sectores radicales del continente.*

\* \* \*

EL PRESIDENTE DE COSTA RICA, en un emocionante discurso pronunciado ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, comenzó por afirmar que venía de la más vieja y consolidada democracia latinoamericana. Una democracia —dijo— en la que los niños ni siquiera han visto un tanque de guerra, o en la que hay que explicar la sorprendente arquitectura de ciertas escuelas, simplemente porque esos edificios alguna vez fueron cuarteles. Costa Rica no sólo es una democracia, sino es algo mucho más impresionante: es una democracia desarmada. Una de las pocas que hay en el mundo y la única de América Latina.

El presidente Arias hablaba con explicable orgullo y con legitimidad porque, en medio de un planeta repleto de tiranos, él representaba a un pueblo pacífico y sosegado que ha aprendido a transmitir la autoridad ordenadamente y sin violencia. Y hablaba con orgullo porque su pueblo también se había puesto de acuerdo en el destino final de las gestiones de gobierno: educación, prestaciones sociales, salud pública, retiros. Costa Rica —nadie

IV TRIMESTRE 1986

puede dudarlo— no sólo es democrática y pacífica, sino además tiene vocación de justicia. ¿Quién con buena fe es capaz de negar esta evidente verdad?

Pero ahí no terminaba el discurso del Presidente. Había más. Con franqueza, y con gran elegancia, don Oscar Arias admitió que en Costa Rica había atraso, pobreza, severos problemas económicos e irritantes desigualdades. Don Oscar Arias no había ido a la ONU a hacer solamente el elogio de su país. También fue a hacer el melancólico reconocimiento de que esta ejemplar democracia, pacífica y con vocación de justicia, era, al mismo tiempo, relativamente pobre.

Bien. Estos papeles, estas reflexiones, son un intento por entender estos dos factores que convergen en la realidad costarricense, y una propuesta para que algún día los habitantes de esta tierra, además de exhibir con orgullo la libertad de que disfrutaban, puedan ser también prósperos y económicamente dichosos. A fin de cuentas, los costarricenses ya han realizado la mitad más difícil del milagro. Sólo falta la otra mitad.

### *La libertad de los costarricenses*

YO HE LEIDO VARIAS EXPLICACIONES SOBRE LA DEMOCRACIA COSTARRICENSE y todas me parecen válidas e inteligentes. Es posible que el aislamiento geográfico, la existencia de numerosos propietarios de pequeñas haciendas agrícolas, la ausencia de una fuerte presencia indígena, la educación universal y obligatoria decretada en el siglo pasado, el peso de ciertas migraciones españolas o la pobreza de la colonia —que desalentaba la codicia de la metrópoli— acabaran por moldear el talante democrático de los costarricenses, pueblo que poco a poco fue acostumbrándose al autogobierno y a la consulta electoral. Es posible, pero no lo sabremos nunca con certeza. Lo único comprobable es que esta sociedad tiene un comportamiento diferente al de sus vecinos. Y el fenómeno es raro, pero no excepcional. No podemos olvidar que desde las primeras crónicas de que tenemos noticia los vecinos se caracterizan por ser radicalmente diferentes. Al fin y al cabo, Atenas y Esparta eran dos ciudades griegas. Al fin y al cabo, israelitas e ismaelitas —los árabes— eran tribus muy próximas. Es revelador que la palabra rival tenga su origen en los habitantes de las orillas opuestas de un mismo río. La rivalidad —por lo menos etimológicamente— entraña vecindad y parentesco.

En todo caso, el hecho es que los costarricenses tienen un comportamiento diferente. Y es probable que nunca sepamos exactamente las razones, pero tal vez no debamos orillar la lógica simple de Perogrullo: *los costarricenses son diferentes porque quieren ser diferentes*. Ese orgullo que manifestaba el presidente Arias ante la ONU es una emoción popularmente compartida por los costarricenses. Los costarricenses se creen demócratas, tolerantes y pacifistas, y actúan como tales, porque acaece algo tan espectacularmente sencillo como que el comportamiento es una consecuencia de las creencias, de las convicciones y de los valores.

Cuando un número grande, abrumador, de ciudadanos cree ciertas cosas, esas creencias suelen convertirse en normas de comportamiento general. Y a un número grande, abrumador, de costarricenses, desde hace mu-

chas décadas les parece insoportable que un hombre o un grupo de hombres imponga por la fuerza su voluntad. Afortunadamente a los costarricenses no se les ocurre otra forma de organizar la convivencia que el consenso, la persuasión y el sometimiento a la mayoría. Y esas creencias se transmiten de padres a hijos con la misma naturalidad con que casi todos en la infancia quedamos convencidos de que no se debe robar o hacer daño al prójimo. Son las reglas de la tribu. Compartirlas es uno de los factores que confieren identidad y sentido de pertenencia al grupo. Por eso, también, los costarricenses son demócratas. La tribu ha desarrollado su código secreto más allá de los elementos geográficos, étnicos o económicos. En Europa, a muchos miles de kilómetros, los anárquicos italianos, los autoritarios alemanes o los individualistas franceses —para recurrir a sospechosos tópicos— han resurgido en una nueva tribu, los suizos, habitantes del modelo de sociedad más solidario y quizás menos imperfecto de cuantos existen en el planeta. Los suizos constituyen otra tribu que ha hecho de la democracia, la tolerancia y el pacifismo las señas de identidad del grupo y una forma y una norma de vida.

### *Las falsas creencias*

HASTA AQUÍ NADA DE LO DICHO PARECE MUY DESCAMINADO. Esencialmente sostengo que las creencias y los valores de la mayoría acaban por expresarse en formas de comportamiento. No creo que esa premisa sea disputable. Sin embargo, vamos a utilizar el mismo esquema para analizar el fenómeno de la relativa pobreza costarricense. Vamos a partir de la base de que los costarricenses son más pobres que otros pueblos del planeta, sencillamente, porque las creencias y los valores que sostienen se traducen en modos de comportamiento que no contribuyen a generar riquezas en la misma medida que las generan los pueblos más desarrollados del globo.

Por lo pronto, esta propuesta que les hago me parece justa. Si la democracia, la libertad o el pacifismo de los costarricenses no son la ciega consecuencia de factores geográficos, históricos o étnicos, sino el resultado de creencias, convicciones y valores responsablemente asumidos y transmitidos por varias generaciones de ciudadanos, por la misma regla podemos sostener que la relativa pobreza de este hermoso país es la consecuencia de creencias, convicciones y valores compartidos por los costarricenses. Ya sé que la segunda parte del razonamiento no es popular ni agradable, pero siempre es preferible ser intelectualmente honesto antes que simpático.

Hubiera sido más grato, por ejemplo, atribuir la pobreza de los costarricenses a la escasa población del país, pero tendríamos entonces que buscar una coartada para justificar la prosperidad de los noruegos, de los daneses, de los neozelandeses, de los singaporenses, del enclave chino de Hong Kong o hasta de la mencionada Suiza. Evidentemente, las proporciones del mercado interno son uno de los factores del desarrollo, pero ese elemento no puede ser determinante cuando comprobamos que algunas de las naciones más pobladas de la Tierra están, precisamente, entre las más pobres: la India, Bangladesh, Pakistán o China.

Tampoco el tamaño del territorio es decisivo, puesto que Bélgica, Suiza, Austria, Holanda, Singapur, Hong Kong o Taiwán han alcanzado diferentes grados de prosperidad sin que sus minúsculas dimensiones pudieran impedirlo (deliberadamente ignoro los pequeños enclaves petroleros del Golfo Pérsico porque esa riqueza es el resultado del azar más que de la obra consciente del hombre).

Por otra parte, la evidencia nos lleva a descartar las riquezas naturales como origen fundamental de la prosperidad. Ni Inglaterra, ni Japón, ni Alemania son países mejor dotados por la naturaleza que Bolivia, Perú o Paraguay. Es difícil que haya sobre la Tierra una nación como Venezuela, en la que coincidan con mayor abundancia los minerales, los recursos energéticos, el agua y la tierra fértil. Y Venezuela, lamentablemente, no es un modelo de prosperidad.

Tampoco parece cierto que la raza o el origen étnico constituyan la clave del desarrollo. Hay quienes atribuyen la espantosa pobreza de Haití a la raza negra y al origen africano de sus habitantes, olvidando que no muy lejos de ese miserable país los ciudadanos de Trinidad-Tobago, también negros y descendientes de esclavos africanos, han construido la más rica, educada y presentable sociedad del Caribe.

En otro orden de cosas, incluso debemos desechar la educación de la población como componente básico del desarrollo. Qué duda cabe de que es un factor muy importante, pero, como demuestra el triste caso argentino, una población culta e instruida no garantiza la acumulación y distribución de las riquezas.

Y ni siquiera es cierto que las sociedades agrícolas, o dedicadas a la cría de animales, están condenadas a la pobreza que les imponen los países que producen y venden artefactos industriales. Nueva Zelanda, en el extremo sur del planeta, con apenas tres millones de habitantes, ha constituido su fortuna —ocho mil dólares per cápita— criando setenta millones de ovejas, plantando manzanos y exportando flores y kiwis, una fruta que se ha puesto de moda en Europa y en los Estados Unidos, mientras España consiguió despegar económicamente con una humilde mezcla de aceitunas, turismo, zapatos y remesas que enviaban los emigrantes.

Por último —y esta es la *pieza de resistencia* de nuestras coartadas históricas— hay que enterrar de una vez el mito de que nuestra pobreza se debe al expolio de los países ricos, y concretamente, de los Estados Unidos.

Desde hace siglos los países no se *apoderan* de las riquezas de los otros, sino las generan mediante el incremento del comercio. Toda esa pertinaz campaña contra las inversiones extranjeras de las multinacionales, o contra los injustos términos del intercambio comercial no son otra cosa que ejercicios retóricos totalmente de espaldas a la realidad y a la evidencia. Los países más pobres del mundo son los que menos comercian y los que menos lazos tienen con el circuito económico y financiero de las naciones líderes del planeta. En Haití, en Bolivia, en Bangladesh o en Etiopía apenas hay capital extranjero que “explote” a los ciudadanos de esos países. En el mundo desarrollado, en cambio, todos los países pugnan con energía por conseguir ser “explotados” por los inversionistas extranjeros. Francia y España, por

ejemplo, batallaron con todas las armas de las relaciones públicas para lograr que las empresas Disney eligieran a uno u otro país como destino de un “imperialista” parque de atracciones. Ganó Francia pero, pocos años antes, España le había arrebatado a Irlanda el sitio en el que la Ford decidiera instalar su fábrica de coches compactos.

¿Cómo una persona sensata puede creer que la prosperidad norteamericana o alemana se debe a la explotación de Marruecos, Bolivia, Pakistán o Costa Rica? Si ese absurdo disparate fuera cierto, si los Estados Unidos fueran ricos porque les roban sus riquezas a los demás países, ¿no tendría sentido que los norteamericanos, en lugar de estirar sus codiciosos brazos hacia el sur para desvalijar a los pobres mexicanos y guatemaltecos, los estiraran hacia el norte para saquear a los prósperos canadienses? A fin de cuentas Canadá es un país con inmensas riquezas naturales, un envidiable grado de desarrollo y una gran fortuna acumulada. ¿Por qué los Estados Unidos se iban a ensañar con los dominicanos o los puertorriqueños si sólo los separa una raya invisible de la enorme riqueza canadiense?

Pero, además, ¿cómo ese país explotador y pérfido ha permitido que otra potencia se enriquezca en su presencia? ¿Por qué no se han robado los Estados Unidos el botín que los canadienses deben haberle quitado a los países pobres? Pero, ¿a quiénes han robado los canadienses? ¿Dónde están las feroces multinacionales canadienses explotando a los países bananeros o sometidos a injustas fórmulas de intercambio comercial?

Más aún, si las desigualdades entre los países se deben al expolio y al robo de los más ricos, ¿a quién le ha robado Costa Rica su relativa prosperidad centroamericana? Los ticos son más prósperos que los nicaragüenses o los hondureños, ¿se debe esta diferencia a que los costarricenses les roban sus riquezas a los hondureños y a los nicaragüenses?

Es tan obvia la falsedad de esta premisa que da vergüenza tener que comentarla ante auditorios serios y respetables, pero sucede —lamentablemente— que la mayor parte de los latinoamericanos suscriben esa maligna creencia. Pregúntesele a la izquierda marxista latinoamericana, desde México hasta Argentina, cuáles son las causas de nuestra pobreza y atrasos relativos, y nos dirá, sin una sombra de duda, que “el imperialismo yanqui” es primer responsable de esta penosa situación. Repítasele la pregunta a políticos populistas, o hasta a simples y apáticos ciudadanos y se obtendrán respuestas parecidas. Desgraciadamente, esa es una creencia poderosamente instalada en la conciencia política del hombre latinoamericano y ya sabemos que las creencias tienen consecuencias. Acaban expresándose en normas de comportamiento.

### *Lo que básicamente hay que creer*

EVIDENTEMENTE, ESTO NOS PRECIPITA A UNA INEVITABLE CONCLUSIÓN: para dejar de ser pobres hay que comenzar por entender las causas de la pobreza. Hay que saber, de una vez por todas, que los países ricos generalmente han llegado a serlo mediante el trabajo sostenido de sus sociedades, la acumulación y reinversión de los ahorros y el creciente incremento de las actividades

comerciales. Algunos han tomado el camino de la investigación tecnológica compleja, como los Estados Unidos o Alemania, y otros, como Dinamarca, Nueva Zelanda o Australia, han permanecido vinculados a actividades agropecuarias, pero todos han partido de la transparente premisa de que no hay más fuente de riqueza que el trabajo duro y el comercio intenso.

Y de esa creencia, asumida de forma natural, han derivado algunos de los rasgos más notables de su comportamiento. Por ejemplo, el lugar que asignan en esas sociedades a los comerciantes e industriales más notorios y la percepción general de las actividades que realizan.

Es con orgullo y no con odio como se mira en esas sociedades al exitoso capitán de industria o al que consigue formar parte de los legendarios 500 que anualmente compila la revista *Fortune*. El mismo instinto que en esas sociedades revela que la riqueza nacional no es producto del robo internacional, también les indica que la prosperidad personal no es la consecuencia de la pobreza de los menos afortunados, sino la consecuencia de la expansión de la economía. En esos países cada vez hay más ricos, y, simultáneamente, cada vez hay menos pobres, porque el entusiasmo, la capacidad de trabajo, la imaginación, y hasta la suerte de los que consiguen enriquecerse, constituyen las locomotoras de los más débiles. En esas sociedades no hay que esconder con vergüenza el éxito económico bienhabido, porque la actitud general hacia los triunfadores no es de reproche, sino de admiración. He aquí una transparente confirmación de que las creencias se transforman en comportamientos.

En los pueblos más prósperos, saben, intuyen cómo se forma la riqueza, y en función de esos conocimientos surge una norma de conducta: la del aprecio por los que generan riqueza. Nosotros, en América Latina, tenemos una creencia errónea, y esa creencia nos lleva a menospreciar y aún a despreciar a quienes crean fuentes de riqueza, con lo cual contribuimos ciegamente a nuestro empobrecimiento relativo.

Es cierto que el espectáculo de la riqueza ostentosa de unos pocos se vuelve repugnante cuando se contrasta con la miseria de las grandes masas, pero la pobreza no se erradica persiguiendo u odiando a quienes poseen bienes y fortunas, sino estimulando las inversiones y propiciando un clima de expansión comercial. La torpeza de los revolucionarios consiste en sostener la superstición de que la pobreza termina cuando se pone fin a las diferencias económicas entre las diversas personas que componen una sociedad. Y eso es falso. Hasta ahora lo que ha ocurrido es que el fin abrupto de las desigualdades ha aumentado la pobreza, no la ha aliviado. En 1959 Cuba era el tercer país en grado de desarrollo dentro del contexto latinoamericano, y en él se daban, aunque moderadamente, esos contrastes entre ricos y pobres que hieren la sensibilidad de mucha gente honrada. Hoy la clase dominante es infinitamente más escasa, las diferencias entre la *nomenklatura* y la población son menores que las que antes había entre la llamada burguesía y el pueblo, pero el país se ha empobrecido severamente, y ha pasado a ocupar el duodécimo puesto en la escala latinoamericana de desarrollo. Una creencia errónea ha traído una catastrófica consecuencia. La superchería de que acabar con los ricos es acabar con la pobreza, ha hecho más po-

bres a todos los cubanos. Mucho más sensato hubiera sido estimular la inversión de esas riquezas para incrementar el comercio mediante el aumento del consumo.

Nosotros, en América Latina, no podemos darnos el lujo de continuar insistiendo en el intimidante lenguaje revolucionario que culpa a comerciantes, industriales o financieros de la pobreza del país. Es al revés: si nuestros países no son más ricos es porque no hay suficientes comerciantes, industriales, agricultores o financistas. Lo que debe estimularse no es el reproche a quien sea capaz de acumular riquezas, sino el aplauso, porque sin ahorros que puedan convertirse en inversiones el desarrollo es imposible.

Es censurable, por ejemplo, que nuestros capitalistas saquen sus dineros de nuestros países y los inviertan en el exterior, pero ¿cómo culparlos si el liderazgo político en América Latina suele forjarse sobre un lenguaje de barricada sin otro mensaje cifrado que la lucha entre clases? ¿Por qué los empresarios van a sentirse patriotas si las patrias en las que actúan se avergüenzan y repudian el sistema económico imperante?

Y este es un elemento clave en la explicación de nuestro relativo fracaso. Nosotros tenemos que reconciliarnos con el sistema económico en el que vivimos y llegar, además, a la conclusión de que es mejor que la alternativa que nos proponen los partidarios de la economía estatal y centralizada.

De la misma manera que los costarricenses han llegado a creer que la democracia es la menos imperfecta de las fórmulas de organizar la convivencia política, deben llegar a creer, porque es verdad, que la libre empresa, la iniciativa privada y el mercado regulado por la oferta y la demanda, en una palabra, el denostado capitalismo, es el menos imperfecto de los sistemas de desarrollo económico creado por el hombre. O, por lo menos, eso es lo que la experiencia parece demostrar. Ahí están las dos Alemanias, las dos Coreas o las dos Chinas para probarlo. Es mil veces preferible que haya cincuenta ciudadanos en Rolls Royces y el resto de la población en vehículos modestos, antes que el espectáculo igualitario de una muchedumbre obligada a desplazarse a pie en nombre de la justicia revolucionaria. Admito que esta afirmación parece un canto al capitalismo dictado en el *Wall Street Journal*, pero es más bien el resumen del sabio pensamiento de Deng Xiaoping después de treinta y cinco años de experiencia comunista. Como instrumento para la creación de riquezas no hay sustituto para el impulso y el entusiasmo de un hombre o de un grupo de hombres libremente decididos a emprender aventuras empresariales con fines de lucro. Es verdad que ese modelo económico provoca desigualdades, pero la miseria general es peor que las diferencias sociales individuales.

#### *Otras creencias menores*

POR SUPUESTO, LA REIVINDICACION DEL CAPITALISMO NO es la única creencia que puede hacernos prósperos. Hay otros saberes que contribuyen a forjar la prosperidad. Es muy importante, por ejemplo, que los pueblos sepan que las empresas estatales, precisamente porque no están regidas por el objetivo de ganar dinero y expandirse, sino por el ánimo de pagar favores políticos, suelen ser unos insaciables desastres económicos que drenan penosa-

mente los recursos del país. Es imprescindible que los latinoamericanos comprendan que si un país consume más de lo que produce, cada vez se endeuda con mayor riesgo, hasta que sobreviene la crisis, el empobrecimiento súbito y la caída de los precios.

No es cierto lo que nos dicen muchos políticos en los textos constitucionales. No hay ningún *derecho* a la educación, a la vivienda, a la atención médica o al retiro.

Esas son prestaciones sociales a las que podemos acceder si generamos la suficiente riqueza. Son *objetivos*, no *derechos*. Son metas decentes y razonables, pero que tienen un precio. Hay que trabajar para obtenerlas. Hay que comprar esos objetivos con trabajo sistemático y organizado. Y de nada vale que un gobernante voluntario decreta esos derechos y comience a sufragar la puesta en marcha de la justicia social, porque si no hay en caja unas riquezas que sustenten el esfuerzo, a medio plazo habremos caído en el caos económico y en una pobreza aún más abyecta que la que tratábamos de desterrar.

Y todas estas verdades, simples y brutales como puños, hay que aprenderlas, porque de ellas va a depender nuestra forma de comportamiento, nuestras lealtades políticas y hasta nuestro destino. Una sociedad no puede ignorar impunemente los rudimentos del sistema económico en que se desenvuelve. Una sociedad que no sabe cómo se crea la riqueza, cómo se gasta, o —más grave aún— cómo se malgasta, no tiene otro destino que el fracaso y la convulsión social. Si en nuestros pueblos los demagogos tienen cabida, no es sólo por el talento histriónico que despliegan, sino por nuestra ignorancia. Si en Inglaterra, en los Estados Unidos o en Alemania es muy difícil que hoy un demagogo de feria se alce con el poder prometiendo villas y castillas, no es porque no los haya en abundancia, sino porque esos pueblos, felizmente escépticos, han aprendido esa irrefutable verdad de que no existe almuerzo gratis. Ese *free lunch* que suelen prometer los demagogos. Alguien tiene siempre que pagar. Y si nadie paga, nos endeudamos. Y si nos endeudamos más allá de los límites razonables, sobreviene la quiebra. ¿Es realmente tan difícil entender esto?

### *Las actitudes que hay que tener*

HASTA ESTE PUNTO ME HE REFERIDO a creencias y conocimientos, a esos mínimos saberes que explican el nivel de desarrollo de las sociedades, pero he dejado para el final otro ingrediente básico de la fórmula para alcanzar la prosperidad: *las actitudes*. No sólo de saberes vive la riqueza. También hay que dotarla de ciertas actitudes. ¿Piensa alguien que es mera coincidencia que alemanes, japoneses o norteamericanos —tres de los pueblos más ricos del planeta— compartan actitudes parecidas hacia las actividades laborales o académicas? ¿No será que la laboriosidad, la disciplina, la búsqueda de la excelencia, el rigor, la seriedad en el cumplimiento de los compromisos, la tenacidad en la persecución de las metas o la capacidad para trabajar en equipo acaban por reflejarse en acumulación de riquezas? ¿No son esas virtudes sociales una parte sustancial del patrimonio cultural de

ciertos pueblos? ¿Cómo Alemania o Japón resurgieron de la Segunda Guerra Mundial? ¿Por el Plan Marshall, como sugieren algunos ingenios, o por el esfuerzo indesmayable de unas sociedades en las cuales el *quehacer*, cualquiera que sea, cuenta con el formidable respaldo de las actitudes adecuadas? ¿Qué ocurrió con la Alianza para el Progreso, nuestro Plan Marshall? Pues ocurrió que América Latina se tragó cerca de treinta mil millones de dólares sin dar muestras de cambio sustanciales. La Unión Soviética ha subsidiado al desastre cubano con una cifra que los expertos sitúan en torno a los veinte mil millones de dólares, sólo para obtener una sociedad incapaz de abastecer de agua a su capital y en la que la improvisación, el desorden y la irracionalidad han conseguido derrotar a la intimidación de los policías o a la ira del Júpiter Tonante local, dictador que ni siquiera se da cuenta de que él mismo es el resumen y la concreción de las peores actitudes nacionales.

¿A dónde llegamos por esta vía de razonamiento? Pues a una hiriente disyuntiva que a casi nadie le gustará escuchar: o renunciamos a la prosperidad de los países más desarrollados y admitimos, humildemente, que nuestras creencias, valores y actitudes nos condenan a la pobreza relativa, o modificamos nuestras creencias, valores y actitudes en la dirección señalada por los países prósperos y desarrollados. Lo que no podemos pretender es ser ricos y trabajar desorganizadamente y sin un claro sentido de las metas. Los televisores en colores, las vacaciones, los buenos sistemas hospitalarios, los automóviles, la buena vida, son producto del trabajo y del comercio. En Europa suele decirse que los países nórdicos viven para trabajar mientras que los países latinos trabajan para vivir. Como todas las generalizaciones, esa aseveración no es fácilmente demostrable, pero probablemente tiene un gran componente de verdad. Más aún, no es erróneo sacar ese *dictum* del contexto europeo y elevarlo a categoría universal: la prosperidad se alcanza en función directa de la cantidad y calidad del trabajo realizado. Mientras más se viva para trabajar, más se prospera. Mientras más se trabaje para vivir, menos riqueza se acumula.

Nosotros tenemos el derecho a rechazar los síntomas de la prosperidad y a elegir una vida modesta, la que podemos comprar con nuestro mediocre trabajo, pero no es justo ni razonable pretender unas cotas de prosperidad que no se compadecen con nuestro esfuerzo.

### *Cambiar las actitudes y los saberes*

TAMBIEN, POR SUPUESTO, PODEMOS OPTAR por la otra posibilidad: modificar nuestros saberes y cambiar nuestras actitudes. Eso es difícil, pero no imposible. En cuanto a los saberes, no hay que convertirse en un experto en materia económica, sino hay que entender las reglas básicas de cualquier sistema de producción y asignación de bienes, y hay que entender las premisas esenciales sobre las que descansa la economía de mercado. En cierta forma ese fenómeno de divulgación masiva de las virtudes del capitalismo ya está ocurriendo y no es impensable que pueda convertirse en una parte importante de los saberes compartidos y sustentados por la mayoría de nuestra gente.

☞ Pero en cuanto a las actitudes, el asunto se torna más complicado. Es perfectamente posible educar a un pueblo para que sea más disciplinado, más riguroso, más serio en sus compromisos, más solidario en el trabajo colectivo, más tenaz y organizado, pero todo eso requiere poner en marcha una verdadera revolución pedagógica que durante varias generaciones eduque a nuestros pueblos en el ejercicio de esas actitudes, hasta que ese modo de hacer comience a transmitirse naturalmente en el seno de las familias, tal y como hoy ocurre entre los costarricenses con la defensa a ultranza de la sociedad democrática, pacífica y —en cierto modo— ejemplar en la que viven.

En realidad esa sería la más profunda de las revoluciones en América Latina. Mucho más que esas sangrientas matanzas a las que suelen convocar nuestros patéticos revolucionarios, pero puede predecirse que no habrá mucha gente dispuesta a llamar a filas para una revolución que consiste en cambiar algunos aspectos de nuestra conducta. Sin embargo, sería magnífico que alguna vez ocurriera, porque nada nos llenaría de orgullo con más intensidad que algún día un presidente de Costa Rica se dirigiera a todos los pueblos del mundo desde el podio de las Naciones Unidas para proclamar que no sólo viene de un pueblo democrático y pacífico, sino que también representa a una sociedad que ha sabido construirse un lugar preferente entre los pueblos más prósperos y desarrollados del planeta.

La Nación (Costa Rica)